LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA ESPAÑOLA»

AÑO XXX | Alicante 25 Agosto de 1901. | NÚMERO 8.

SECCIÓN DOCTRINAL

La fuerza psíquica.---Los actos materiales y los actos anímicos

TODO hecho, todo fenómeno que observamos en cualquier órden de cosas, no se verifica sin que algo lo determine y produzca. A este algo lo llamamos su causa, que es siempre de conformidad con la naturaleza del efecto producido Si una piedra cae después de haberla arrojado al aire, no es por efecto de espontaneidad ó de cierta tendencia de la piedra á caer; es á causa de lo que llamamos fuerza de gravedad. De manera que si suprimimos esta fuerza, suprimimos su efecto correspondiente; y, por analogía, en todos los fenómenos del mundo, haciendo abstracción de las fuerzas que producen esos hechos, tendremos que reconocer la no existencia de tales efectos.

De igual suerte, si en nuestro sér se dan actos intelectuales ¿habremos de negar que hay en nosotros fuerzas ó causas que producen la intelectualidad? Tanto valdría decir que los efectos se producen sin causas. Pero estas causas ¿se originan de las propiedades mismas del organismo corporal? Nada nos importa por ahora: lo que precisa es reconocer que por los efectos hemos de venir á parar al conocimiento de sus causas, que los fenómenos atestiguan la existencia de fuerzas ó actividades que los producen, y que, en conformidad con la naturaleza y condiciones de estos efectos, han de ser las fuerzas que los originan.

Para asegurar que tales ó cuales actos son propios del espíritu y que tales

otros son originados por el organismo, sería preciso saber dónde empieza y dónde acaba el espíritu y dónde empieza y dónde concluye también el cuerpo. Pero yo de mí sé decir únicamente que al examinar mis actos encuentro una constante compenetración de todas mis fuerzas, de todas mis actividades; que hay acto originado en los más oscuros limbos del pensamiento que no se refleje y de algún modo se exteriorice en el organismo físico; y de igual modo, que no hay fenómeno que en éste se verifique, del cual directa ó indirectamente no reciba la influencia en lo que llamo mi espíritu; fenó meno que se comprueba más á medida que el acto va siendo más claro y distinto.

Esta unidad de nuestra naturaleza, que patentiza á todas horas, según hemos visto, la unidad de nuestro ser, no empece, sin embargo, para que nos cercioremos de la distinción de los elementos, fuerzas ó funciones que en él se dán.

Hasta hoy habíase tenido por muchos al cuerpo como cosa despreciable é indigna, y quizá de esta exageración ha nacido la exageración contraria de suponer que nada más que materia hay en nosotros, entendiendo, por supuesto, por materia lo que afecta á nuestros sentidos.

Pero, ¿podemos nunca suponer que un fenómeno como el de la quilificación, donde intervienen las fuerzas del organismo para producir la transformación química de los alimentos, sea lo mismo que la elaboración del pensamiento, que la discusión de un tema? ¿Podremos nunca suponer que la aceleración del ritmo del corazón, producida por el hecho de correr, es debida á la misma causa que esta aceleración, cuando es ocasionada por la impaciencia de una noticia que se ansía? ¿Podremos tampoco confundir la fuerza muscular empleada para levantar un peso determinado, con la fuerza intelectual, capaz de medir y calcular distancias enormes?

Por mucho que alambiquemos y hagamos distinciones sutiles, por mucho que dudemos, nos será forzoso confesar que la actividad ó la fuerza que produce los fenómenos químicos y orgánicos en nuestro cuerpo, no es la misma actividad ó fuerza que da origen á los fenómenos anímicos; y si bien la observación nos atestigua que no existe esa separación supuesta entre los actos materiales y los actos espirituales, que la fuerza psíquica se vale de las demás para realizar sus fines y cumplir sus propósitos, la observación misma nos muestra que no hay ni puede haber paridad entre una y otra, que puede haber un gran desarrollo del organismo cumpliendo éste perfectamente sus funciones, y sin embargo estar atrofiadas las facultades de la inteligencia ó de la sensibilidad, que puede uno tener una gran energía física y ser inútil para cualquier trabajo intelectual que exija algo de esfuerzo y constancia. Por consiguiente, si en nosotros hay un organismo que cumple sus funciones con arreglo á las leyes materiales, hay también una fuerza que anima este organismo, que, unida á él, constantemente le impulsa, le dirige y determina á obrar, y esta fuerza es la que produce los actos que estimamos como más importantes en la vida. Esta es la fuerza psíquica.

Los hombres, efectivamente, no se aprecian por su estatura, por su fuerza por su peso, por lo mejor ó peor que respiran y por lo bien ó mal que digieren; estímanse más bien por sus actos intelectuales: entre el que emplea su fuerza muscular para levantar pesos y una máquina, hay similitud de funciones, pero no entre esta misma máquina y el que mueve su inteligencia para concebir una verdad ó el que siente su corazón dulcemente conmovido por una afección tierna é íntima que le inclina á realizar el bien en beneficio de sus semejantes.

En medio de este materialismo absorbente que nos envuelve, fuerza es insistir una vez más en hacer ver cómo atendiendo simplemente al testimonio de nuestra propia conciencia, vemos que hasta los mismos que tan positivistas se muestran, dan más importancia á los actos psíquicos que á los actos de la vída física; á aquellos en que la fuerza anímica mueve, impulsa y dirige, que á los otros, en que, predominando las leyes materiales, se emplean solamente las fuerzas mecánicas, sustituibles por otras más poderosas á su vez. De aquí la gran verdad del aforismo: *Mens agitat molem.*

Dr. Manuel Sanz Benito.

Antaño y Ogaño

A mí se me podrá aplicar, indudablemente, aquella copla popular, que dice: «Con caridad sin igual—El señor don Juan de Robres, —Hizo este santo hospital,—Pero también hizo los pobres». Dura es la expiación de este último reproche, pero hay que tener el valor del arrepentimiento, que es una fase del progreso. «*Post nubila Febuc*».

¡Cuántos insignes varones no hubo en los primeros siglos cristianos que abandonaron las licencias del Paganismo para abrazar una nueva vida virtuosa, llena de heroísmo y abnegaciones! Confesemos nuestro error... Ayer me comí los bienes de otros, disfrutando el robo con barniz de patriotismo; desnudé al vestido, destruí su hogar; pero hoy pago las deudas vistiendo al desnudo, procurándole albergue por medio de la asociación, y dando de comer al hambriento por medio del trabajo, sin que él se aperciba de la humillante limosna, que para mí es el resarcimiento de la justicia.

Hice esclavos; me olvidé del débil; me hice esclavo de mi mismo; hoy redimo, como puedo, de la esclavitud de la miseria, la ignorancia, los vicios y pasiones subversivas. Voy progresando.

Me elevé á costa de las ruinas de los demás; ahora me elevo sobre mi mismo.

Viví soñando en redenciones de fuera; hoy soy yo mi redentor.

Fuí revolucionario de los demás, dejé la savia en el auditorio que me aplau-

día, y no reservé nada para mí, quedándome desnudo de buenas obras. Los que me creyeron han progresado, y actualmente procuro aplicarme las buenas medicinas, revolucionarme yo á mí mismo para tener alguna autoridad, y no continuar el ridículo papel de nuevo fariseo.

No supe antes lo que era refrenarse; no entendía una palabra de organización verídica social, ni se me ocurrió la idea; creía, que destruyendo, sin reemplazar cosa mejor, se haría algo, y esto lo creía porque explotaba el filón de beneficios, en fuerza de barbarizar contra el prójimo; desconocía las dificultades prácticas para unir á los hombres; y ahora me encuentro con que si los vicios y la ignorancia no se expulsan por sí mismo, se quedan sin expulsar; y en política, religión ó filosofía, lo mismo da este ó el otro nombre, si las condiciones internas no cambian. Por eso me aplico á la enseñanza buena, poniendo en concordancia las obras; y lo esencial es el bien y la verdad, dejando á cada uno su sistema.

Esta viene á ser la filosofía de la parábola del *Buen Samaritaao. El que te hace bien es tu prójimo.* (Lucas,—X,—30 al 38). Esto es también, la casa sobre roca, el grano de mostaza, la buena semilla, la nueva levadura, el vino nuevo en odres nuevos. *¡Cuántos tesoros ocultos y olvidados!*

SECCIÒN FILOSÓFICA

ALGUNOS REMEDIOS

contra los malos dias inevitables de la reencarnación

QUE la vida presente es para la mayoría una prueba y una lucha; harto lo dice nuestro frágil organismo sujeto á las influencias del cierzo helado el sol tropical, enfermedades, pestes, plagas, y, con frecuencia, desnudez y penurias, nuestras imperfecciones anímicas, que exigen contínuo laboreo, á veces penoso; las instituciones y leyes poco cultas en muchas partes; las relaciones económicas discordantes; el trato social, lleno de incorrecciones; y por último, las discordias, pleitos y guerras en una ú otra forma.

En esta vida padecen pobres y ricos, ignorantes y sabios.

El *trabajo* en general, y la *ciencia* en particular, son dos grandes antídotos contra los pesares; porque procuran tranquilidad relativa, grandes goces, y son medios de progreso. Aun sobrepuja, en resultados benéficos, la *virtud*.

Si nos compararamos siempre con los que están peor que nosotros, tendríamos que dar gracias á Dios por nuestros bienes materiales y morales. Si metiéramos en mandamiento y arreglo nuestras pasiones, nos ahorraríamos no

pocos disgustos. Si fuéramos tolerantes, haríamos mucho bien á los demás y á nosotros mismos. Y si nos amáramos como hermanos, seríamos felices, como es posible serlo en la tierra.

La mutilidad y cooperación, las artes é industrias, los cultivos perfeccionados, y la holgura económica relativa, juntas con la *caridad* y *justicia*, harán mucho.

Mientras llega la universalización de tales progresos, la *tolerancia* puede ser un gran factor de bien, que está al alcance de todos.

No violentemos conciencias; no obliguemos á nadie á dejar sus creencias; dejemos en paz á los que no nos oigan y busquemos otros de mejor voluntad; confiemos en el tiempo y en las leyes naturales. Antiguamente la Tierra de Promisión se quería ganar por la fuerza y el exterminio de los infieles; hoy no se gana sino por la caridad y benevolencia. *Sin caridad no hay salvación.* Seamos relativamente perfectos.

La filosofía de la *Reencarnación*, nos explica muchos problemas, y debe tranquilizarnos.

Cada uno tiene lo que se ha hecho á sí mismo. No debemos envidiar á nadie; ni quejarnos de nada ni de nadie.

La distribución de la salud, los intereses, los talentos; las cualidades, el medio social, la familia, la lucha, todo es resultado, ó de preexistencia ú obra nuestra de la actual encarnación. Si pudiéramos abarcar una extensa serie de reencarnaciones, veríamos la justicia de las compensaciones. y las reparaciones; veríamos el orden, en medio de un desórden, que es más aparente que real para los efectos propios, sin que esto implique fatalismo.

Tal exaltado de hoy fué feudal de los siglos medios.

Tal apóstol de la Paz, aprendió en el pasado las consecuencias de las guerras religiosas.

La pobreza del mendigo actual se deriva del antiguo derroche de riquezas.

El rico de hoy, podrá ser pobre mañana; y el mal gobernante ó mal sabio, encarnarán en razas inferiores... etc. *Nosce te ipsum*, decía la sabiduría antigua.

El progreso está en nuestra mano. La vida no acaba en perfecciones. Este es un elemento de contento y felicidad.

Aneja á la *Reencarnación*, va la *Solidaridad* de las almas ó *Comunicación de los Espíritus*, que nos dicen:

«Buscad y encontraréis; pedid y se os dará; llamad á la puerta y se os abrirá.» Véase á Kardec sobre este punto. Esta es una felicidad que el mundo desconoce hoy, pero que en el porvenir será verdad común, y lazo de paz y dicha.

Manuel Navarro Murillo

Sección científica

LOS INSPIRADOS

(De *El Espiritualista*, Valparaiso)

1. Con la brevedad posible expondremos algunas ideas que nos sujieren los artículos de Mr. Gabriel Delanne y Eduardo de la Barra, publicados en «El Espiritualista» del mes próximo pasado.

Trataremos de condensar y buscar los ejemplos, diseminados en la Historia, muchos de ellos revestidos de los caracteres más variados, que espantan y también hacen reir por las explicaciones curiosas que han sujerido y que indudablemente seguirán informando el concepto de casi todo el público.

2. ¿Qué es un inspirado?

Todos tenemos formada una idea más ó menos clara de lo que es tan sencillo de designar y tan difícil de explicar con propiedad.

Un poeta: es un inspirado; cierto que parece que algunos de ellos, apesar de tener una concepción lúcida y brillante, les falta esa especie de inconsciencia que, como veremos, da carácter y vida, admira y asombra, haciéndonos preguntar la razón ó fundamento que hace vibrar en sus más lúgubres y grandiosas armonías al pensamiento humano.

Un pintor: es también un inspirado, cuando no se limita de una manera mecánica á copiar la naturaleza, cuando, por el contrario, encerrado en su taller sorprende á la aurora en su primer albor, en su agonía á la tarde, en sus variantes á la luz, desde la firmeza más absoluta hasta los desmayos y esfumes de colores.

Un escultor: lo mismo que el pintor en su hermoso arte, tiene que seguir las inspiraciones que se imponen de una manera imperiosa, como algo que pugna por revestirse de las formas humanas, llegar á ser realidad palpable cuando no lo era más que espiritual y aérea.

3. La musa, tan cantada y celebrada en todos los tiempos, con aspiraciones todas de materializarla: el poeta en una brillante estrofa, el pintor en una ondina de cuerpo esbelto, el músico en las notas impregnadas de dulzura, ¿es producto de la inspiración ó de la inconciencia? Ó acaso estos dos últimos términos, ¿son tan inseparables, que uno no puede existir sin el otro?

4. La producción, de cualquier especie que sea, demanda, según los técnicos y críticos de las diversas artes—poesía, pintura, música, escultura,—el trabajo de la concepción y de la versión. Esto último llamamos nosotros *materialización*, tratando siempre de armonizar el concepto con la propiedad en la expresión, sin pretender usarla en el significado que le dan los espiritistas.

Todos están acordes en esas dos operaciones, que pretenden ser absolutamente necesarias para la producción de la estrofa, del cuadro, de la partitura ó de la escultura.

Es, precisamente, sobre el particular que nosotros pretendemos llamar la atención, citando algunos ejemplos que no cuadran en esos dos términos absolutos, que son manifestación en contrario y que quizá, estudiando y profundizando la cuestión, vendría á dar una norma distinta y opuesta, quedando aquélla firme sólo con respecto de unos pocos, lo que impondría victoriosa confirmación de las ideas que exponemos.

Si no es muy corriente nuestra opinión en esta materia, explica, sin embargo, verdaderos anacronismos—ó casos fuera de ley con ribetes mitológicos,—que la ciencia oficial se vería embarazada, si no imposibilitada, para darles algún fundamento plausible.

Espuestas nuestras ideas sobre el particular, trataremos de comprobarlas con algunos ejemplos.

5. Hemos encontrado preciosos datos que se refieren á artistas músicos en el interesante artículo de *Ismala* que publica «La Revue Spirite» (página 677. Nov. 1898.)

En él vemos que nuestra teoria es confirmada de una manera absoluta, que no admite ni negaciones ni refutaciones.

Mozart, Beethoven y Massenet, interrogados sobre la manera como componían las bellas y grandes sinfonías de que son autores, han manifestado de una manera uniforme, que ellos cedían á la inspiración como á una necesidad irresistible y avasalladora.

Escribían la música cuya armonía oían permanentemente, mientras no la vertieran al papel ó no le dieran una forma esterna, materializándola. Y esta versión la hacían de una manera inconsciente, produciéndoles el efecto de alguien que les impusiera imperiosamente que escribieran lo que oían.

Beethoven, después de concluir sus más geniales producciones, exclamaba: «Yo he estado en éxtasis.»

¿Y qué es el éxtasis, sino la inconsciencia misma y más exajerada, ya que durante él desaparece de una manera absoluta la personalidad, quedando solo como recuerdo de él la producción que, innegablemente no es obra del que ha caido en ese estado particular, lo mismo que el sonámbulo ó el que se encuentra bajo la acción hipnótica, á manera de recuerdo también, encuentra en sus manos una flor ó algún objeto que antes poseía otro?...

Mozart, en una carta á un amigo íntimo, (Vida de Mozart, Holmes, Londres 1845) que le preguntaba los secretos de su arte le decía: «Yo no puedo verdaderamente deciros más que lo que soy, pues ni yo mismo sé y ni puedo esplicármelo.»

Preguntadle á uno que despierte ó salga de la acción hipnótica ó *inconsciente*, porque pretendía sacarle la flor que tenía en el ojal de su vestón X. y os responderá negando el hecho ó, simplemente: no sé.

Tenemos, pues, que el éxtasis de Beethoven, el no sé nada ni me lo puedo esplicar, de Mozart y el no sé, del hipnótico, coinciden de una manera muy reveladora, que nos hace pensar si en esta ocasión no se verificará la

acción hipnótica de seres invisibles sobre seres encarnados, que entendemos se ha dicho que puede tener lugar. Nosotros aquí solo insinuamos esta idea sin analizarla, por creerla digna de meditado estudio.

Massenet, refiriendo la génesis de su poema sinfónico «Visiones», dice que sintió una voz en circunstancias que se encontraba solo, en medio de las montañas; la voz era estraña, espiritual; después cayó en un ensueño, producido por la voz y el profundo silencio de las montañas. «Ese ensueño, esa visión, yo las he interpretado en mi poema sinfónico», añade.

Nuevo caso es este que presentamos como antecedente que demuestra la verdad de nuestra tésis.

Esos grandes músicos han escrito cediendo á una fuerza superior, de una manera *inconciente*.

No se pretenderá decir que esa inconsciencia no es tal, pues que entonces ellos podrían esplicar lo que hacen para componer, ya que lo razonado ó pensado es un verdadero proceso que agrega en unas partes mientras quita en otras, que busca la colocación más propicia á cada nota, á cada palabra, para producir un efecto determinado.

Negar esa *inconsciencia*, es aceptar ni más ni menos que el hipnótico piensa y que se dá cuenta de sus actos, lo que nos parece un verdadero absurdo.

6. Párrafo especial hemos creido merece el pequeño músico que actualmente llama la atención en Europa por su talento admirable y por su maravillosa ejecución en el piano. Nos referímos á Pepito Arriola, el maestro de cinco años.

¿Cómo esplicarse este fenómeno?

No tiene explicación posible, pues que es un verdadero fenómeno, responderán muchos.

Nosotros replicamos á los que así piensan diciendo que dentro de la armonía de la naturaleza todo tiene una esplicación razonable, porque no es posible efecto sin causa, porque esto último es lo que enseñan los sacerdotes de la ciencia oficial, declarada, sin embargo, en quiebra fraudulenta, por Brunetière.

Ahí tienen los médicos y científicos un caso curioso, inesplicable con sus principios y teorías.

¿Y esta incógnita es irresoluble? Es acaso una especie de X como la que envuelve el movimiento perpétuo?

A nuestro juicio el caso es curioso, pero no inesplicable.

Ya hemos espuesto, como ejemplos auténticos y fehacientes, lo que dicen los grandes músicos. Ellos establecen de una manera irrefutable que no razonan, que solo escriben *lo que oyen*.

Y qué oyen? Acaso la armonía infinita de la naturaleza en sus diversas manifestaciones, desde el canto de las aves hasta el retumbar de las tempestades?

No saben como componen, pero, indudablemente, oyen un conjunto con variantes, como se ven en sus producciones, con trozos suaves, especies de brisas perfumadas que endulzan y ahuyentan las tristezas, y con notas fúnebres que llevan al alma impresiones dolorosas.

Pepito Arriola es un inspirado, como lo fueron Mozart, Beethoven y Massenet.

Es un hermoso ejemplo de *clari-audiencia*, á cuyo oido, como á los de sus hermanos en el arte, cantan las voces ocultas, llenas de inspiración.

Es también un inconsciente, porque ejecuta sin razonar.

Y, finalmente, es un fenómeno, una incógnita para la ciencia oficial y una confirmación de sus teorías para la ciencia espírita.

7. Vistos ya los necesarios ejemplos para corroborar nuestra tésis, pasaremos rápida revista á unos cuantos escritores que son otras tantas pruebas irrecusables, que no pueden ser desautorizadas fácilmente.

8. ¿Tiene en los escritores, poetas y prosistas, la inspiración, ese carácter de inconciencia que ya observamos en los músicos?

Para la justa respuesta debemos dividir los escritores en aquellos que se dedican á asuntos de investigación científica y los demás que escriben sobre literatura, prosa ó verso.

Como respecto á la primera clasificación, creemos que como producto de la investigación y del trabajo contínuo de la razón, la inconsciencia no tiene cabida.

Sin embargo, Emanuel Vauchez, en «La Terre», al hacer notar la influencia de los fluidos de seres desencarnados sobre seres encarnados espresa que es muy probable que las famosas leyes de Keppler sean debidas á un fenómeno de esa naturaleza.

No sabemos qué antecedente tenga M. Vauchez para hacer esta aseveración, pero el prestigio y autoridad de su solo nombre nos indica que deben ser muy fundadas sus razones.

Si fuera efectivo lo aseverado por Vauchez, sin amenguar la aureola gloriosa que circunda el nombre de Keppler, aventuramos nosotros la idea de que no sería el único de los grandes científicos que deben su renombre á inspiraciones de ultra-tumba.

Las inmortales leyes de Newton quizá tengan un origen semejante al que atribuyen á las de Keppler.

Las emanaciones del mundo moral siempre han existido.

9. Volviendo á los escritores, nos concretaremos especialmente á los que usan el español para manifestar sus ideas.

Don Eduardo de la Barra, muerto en hora desgraciada para la causa espirita, paladín esforzado de ella, poeta notabilísimo, ingeniero y filólogo, no era más que un inspirado.

He oído contar repetidas veces, que D. Eduardo escribía carillas tras carillas de versos, mientras conversaba con sus amigos.

¿Cómo explicar semejante fenómeno?

Todos sabemos que para producir algo, es menester una atención más ó menos sostenida, máxime cuando hay que luchar con la rima, con las sílabas y con los acentos.

En este caso no había ni la más leve atención á lo que se escribía; la mano volaba, mientras que el pensamiento estaba ocupado en sostenidas charlas poéticas, religiosas ó filológicas.

¿Era, acaso, un medium escribiente? Creemos que por su naturaleza, el medium escribiente no es tan uniforme en sus producciones, ni más ni menos que lo que pasa con las mesas parlantes, que ceden á diferentes invisibles, pasando éstos como en sucesión indefinida.

Los mediums escribientes no están siempre bajo la acción de un mismo espíritu, y de ahí proviene el raro fenómeno que los que tienen esa clase de mediumnidad escriben en idiomas para ellos absolutamente desconocidos, lo que se evita que se pretenda falsedad en este fenómeno.

Esta consideración nos hace que excluyamos la creencia de que el distinguido escritor de que tratamos fuera medium.

Nosotros no vacilamos en afirmar, como lo hemos hecho, que es un inspirado, sin temor de ser refutados con verdaderos argumentos.

10. Descuella entre los escritores españoles, por su asombrosa fecundidad, un espíritu que ha dejado tras de sí el mayor número de obras que haya memoria en los anales de la humanidad: Lope de Vega.

Jamás se le ha igualado y quizá nunca se le superará.

Los datos que se han obtenido manifiestan que sería casi imposible producir la mitad ó tercera parte de sus obras ciñéndose á las reglas que se dan para la composición.

Santa Teresa, la castiza escritora, se ha dicho siempre que padecía histerismo—se saca esta idea de los éxtasis profundos en que se sumía, á raíz de los cuales producía sus versos más ardientes y más llenos de vida.—No, no era histérica, era una inspirada, que transcribía lo que ella tan solo tenía facultad de oir.

Podríamos citar, como estos, muchos ejemplos, pero la premura del tiempo no nos lo permite.

11. Para concluir réstanos hacernos cargo de una curiosa teoría que desarrolla Mr. Janet, en su libro «Automatismo Psicológico» y que se refiere precisamente al tema que venimos tratando en el presente artículo.

Afirma el citado autor, que la *inspiración* es producto de degeneración ó enagenación, pretendiendo que todos los hombres que valen por su talento, en todos los órdenes del saber humano, son histéricos ó enfermos del sistema nervioso.

Esta afirmación improbada é imposible de probar, aunque se hiciera lujo de ingenio, destruye en absoluto la categoría de los hombres cuerdos, instituyendo una verdadera asociación de enfermos.

Solo el espíritu atrasado será cuerdo. El progreso es contrario á la idea de Mr. Janet, ya que todos entendemos por progreso el paso de lo simple á lo compuesto, de la célula ó embrión al cuerpo complejo, con manifestaciones de diverso género, con más necesidades, más fuerza, más vida, en una palabra.

Si pudiéramos aceptar, siquiera por un momento, lo que se nos dice en «Automatismo Psicológico», preciso también nos sería, para aparecer consecuentes, borrar la parte más brillante de la humanidad, la parte que es precisamente luz, como Cristo y Budha, en la antigüedad, y tantos otros que

han luchado las batallas de la humanidad, imponiendo la verdad y la justicia.

Las ideas de Mr. Janet se destruyen á sí mismas por la enormidad de las consecuencias que envuelven.—La mejor refutación para ellas son ellas mismas.—Es el caso del veneno del alacrán, que destruye el mismo organismo que le produce.

12. Terminamos, pues, estableciendo y creyendo haberlo comprobado con lo expuesto:

1.° Que la *inspiración*, para ser tal, requiere cierta inconciencia ó automatismo.

2.° El inspirado produce sin necesidad de su voluntad, muchas veces á pesar de esa misma voluntad;—y

3.° La inspiración llega á ser una especie de imposición producida por un invisible que ejerce funciones semejantes á las del hipnotizador sobre el paciente.

Ignotus.

SECCIÓN LITERARIA

DIÁLOGO

—¿Qué tendrás que recordar
de tu actual encarnación?
—Horas de horrible expiación,
horas de amargo pesar.
—¿Nunca llegaste á soñar?
—Nunca, pues me convencí
que yo había venido aquí
para amar (sin ser querida)
y en los mares de la vida
no habría puerto para mí.
Y adquirí esta convicción.
—¿Cuándo?
—¿Cuándo? en mi niñez
precocidad, lucidez
inherente á mi expiación.
Vió tan claro mi razón,
que dije sin vacilar:
Nada tengo que esperar,
sea mi vida corta ó larga;
pues de la hiel más amarga
el cáliz he de apurar.
Por Dios que profeta fuí;
desde mi más tierna infancia,
á pesar de mi ignorancia
mi destino comprendí.
—Quizá llegaría hasta tí
el eco de voz lejana
hablándote del mañana;
—No sé, definir no puedo
lo que fuí, mas sentí miedo
y temblé en mi edad temprana.
Cuando me vestí de *largo*
lloré al ver *flotar* mis alas;
y en las juveniles galas
encontré un sabor amargo,
y aunque me quise hacer cargo
que era preciso sufrir,
que sufrir, era sentir,
que sentir, era luchar,
que luchar, era avanzar,

y avanzar, era *vivir*.
¡Qué penosa juventud!...
¡cuántas ilusiones muertas!...
¡llamé con fé á tantas puertas
que cerró la ingratitud!...
que ansiaba la senetud
con sus tristezas y enojos,
con sus punzantes abrojos,
su desencanto y sus duelos,
mas no hay edad sin anhelos,
sin ansiedades y antojos.
—Es que no la puede haber;
pues la vida sin afán,
sería como un día sin pan
y sin agua que beber.
—Entonces, ¿á padecer
está el alma condenada?
¿nunca en su eterna jornada
halla un oasis bendecido?
—Entónces, ¿por qué ha nacido
si no ha de gozar de nada?
—¡Qué modo de argumentar!
¿Y eres tú la espiritista?
ciega eres teniendo vista
porque no sabes mirar.
¿Cómo has podido olvidar
que el hombre tiene que hacer
su nido, y allí teger
la tela de su existencia,
y con trabajo y paciencia
luchar, sufrir y vencer?
Todo cuanto el orbe encierra
es patrimonio del hombre,
éste, engrandece su nombre
ya sea en la paz ó en la guerra.
Taller inmenso es la Tierra
donde los hombres aprenden,
unos hasta el caos descienden,
otros tratan de elevarse,
y los más, por engañarse
tanto compran como venden.
No es la existencia el dolor
que interminable creeis;
lo que sembrais, recogeis,
por lo tanto, tu clamor
es injusto, en tu redor
siembra amor y sacrificio,
aleja del precipicio
al que goce en el engaño,
y haga el mal, por hacer daño,
y ame al vicio, por ser vicio.
Tienes, como tienen todos
medios para engrandecerte,
si te empeñas en perderte
como los torpes beodos,
y empleas argucias y modos
para no salir á flote,
y eres tú mismo el azote
que te castiga inclemente,
serás un pobre demente
y tendrás de loco el mote.
Pero si por el contrario
te empeñas en ascender,
y dices: quiero vencer
hasta llegar al calvario.
Si es para tí un santuario
de tu familia el hogar,
si piensas solo en amar
á todos tus semejantes,
antes que otros, mucho antes
al cielo podrás llegar.
—Mucho en verdad me consuela
lo que me dices; y anhelo
llegar por un esfuerzo al cielo:
—Sí; que el que tiene alas... ¡vuela!
y las tiene aquel que anhela
de su postración salir,
tú las tienes, pues sufrir
te produce desaliento;
lucha con fé y ardimiento
¡porque es luz el porvenir!

Amalia Domingo Soler.

EL ANGEL Y LA MUJER

(Á MI HERMANITA CONSUELO)

¡Parece un sueño, Dios mío!
aquella niña inocente
cuya blanquísima frente
besaba con tanto amor.
marchóse: Quedó vacío
el puesto de aquel querube
y aunque sé que sube, sube.
me muero, sí, de dolor.
¡Ah! yo quisiera ser fuerte
y no llorar en mi pena,
quisiera que mi alma llena
de resignación y fé,
viera tan solo la muerte
como un paso á la otra vida,
como una dicha cumplida
para aquella que se fué.
Pero ¡ay! no puedo, no puedo,
su ausencia me parte el alma,
me falta á veces la calma
para sufrir sin llorar,
tengo como cierto miedo
de que volando, volando,
me vaya á mí condenando
á no poderla alcanzar.
Y en mi egoista quimera
miro con pena su paso,
comprendo mi mucho atraso
y suspiro sin querer,
y deduzco aunque no quiera
al ver la tierra y el cielo
que era un ángel mi Consuelo
y yo... solo una mujer.

Matilde Navarro Alonso.

Sección Medianímica

ECOS DE ULTRATUMBA

Aquí estoy, hermanos míos, como siempre entre vosotros, y os devuelvo con amor vuestro cariñoso saludo.

Huís desalentados, locos y ciegamente de vosotros mismos, y gran trabajo me cuesta haceros volver la vista atrás; pero al fin lo he de conseguir.

Hay hombres que no sienten el aguijón de la envidia; quienes no tienen codicia; quienes carecen del espíritu de venganza; quienes dominan sus bajos apetitos; pero amigos de mi alma, pocos son los que se ven libres del orgullo-quizá nadie, si se exceptúan los que están inflamados por la llama de un amor celeste, de un amor universal. El orgullo ciega lo mismo al valiente que al débil, al humilde y modesto que al poderoso, al sabio que al ignorante, al anciano que al joven. No perdona al austero y lo mismo se esconde en los magníficos palacios que en las cabañas más pobres. Rebosa en el rostro de la dama altiva que reina en los salones del gran mundo, pór su nobleza, hermosura y talento; y también se descubre en las tímidas palabras de la religiosa, que, siendo de obscura familia, vive en la soledad del claustro, lejos de los hombres, olvidada del mundo y sin más porvenir que una tumba ignorada.

¿No lo veis? El sabio se complace en oir los elogios que se prodigan á sus obras; el ignorante se goza de sus necedades; el valiente, en la relación de sus hazañas; el galán en sus victorias amorosas y el austero se afana con deleite para demostrar en su rostro las huellas de sus abstinencias y ayunos.

Pocos, amados míos, pocos son los que se ven libres de tan sutíl é insidiosa pasión. Y, cuando con gran elevación de ideas y seriedad, se la quiere combatir, pronto, si se ve asediada con firme voluntad, vuelve sus armas contra vosotros, halagando estas bellas ó hermosas cualidades, hasta haceros caer en la vanidad.

Y, cuando oyéreis destrozar esa pasión con el arma más poderosa que existe cual es la humildad cristiana, pronto se dirige también hacia ella para envanecerla y no ceja hasta que lo ha logrado.

Por esta razón insistiré sobre esta y otras pasiones de que os he de hablar en sesiones sucesivas hasta que consiga destruirlas.

El orgullo es un reptil, que cuando se le arroja del pecho se enrosca en los pies, y cuando intentais pisarlo en su flexible cola, se vuelve furioso para morderos, depositando en su mordedura letal ponzoña.

Procurad, queridos míos, trabajar con ahínco para vencerlo, y no os can-

seis hasta que le hayais destrozado la cabeza, para que jamás pueda ya heriros ni amenazaros.

Espero que lo hareis así con firme propósito.

Meditad, leed, haced consideraciones sobre todo lo que os llevo dicho. Adiós.

Un espíritu que os ama mucho.

(Comunicación obtenida en un Centro privado de Villena.)

Castelar en el espacio

En la noche del 25 de Mayo de 1899, pocas horas después de su desencarnación, fué evocado el grande espíritu. En el círculo Diodoro-Luis, establecido en Madrid ha largos años, recibióse por el medium D. Tomás Sánchez Escribano la siguiente breve comunicación, versificada por nuestro querido hermano D. Salvador Sellés:

¿Qué son esos rumores confusos y lejanos?
¿Qué acentos cariñosos ascienden á mi ser?
¿Por qué de luz y sombras me envuelven oceanos
é inundo de esplendores y fuegos soberanos
mis restos adormidos, mansión del alma ayer?

¡El alma! ¿Será el alma la luz que los afecta?...
¿Qué es esto que proyecta mi cuerpo fuera de él?
¿Qué son estos dos cuerpos de exactitud perfecta?
¿Será que en mi conciencia mi forma se proyecta
cual luminosa imagen en haz de espejo fiel?

¿Es esto seguir siendo sin existir la vida?
¿Es vida en el instante supremo del morir?
¡Callad! la sombra ansío dejar desvanecida.
Yo!... yo!... yo necesito mi identidad perdida.
¡Con ella del arcano triunfante he de surgir!

¡Silencio! Conturbada mi esencia necesita
sentirse y conocerse cual ente personal:
de la alta inteligencia que flota y que palpita
no soy en lo infinito partícula infinita:
¡no soy errante gota del mar universal!

¡Ah, no, callad, dejadme: reconcentrarme quiero
y entrar en el instante de toda eternidad!
Acepto mi destino y humilde—no altanero—
comparecer delante del tribunal severo:
¡Señor, en mí se cumpla tu excelsa voluntad!

CRÓNICA

Hemos tenido la inmensa satisfacción de recibir la visita de nuestro querido amigo y entusiasta correligionario D. José Alcocel, de Almansa, propagandista infatigable de nuestras regeneradoras creencias.

⁂ Nuestro corresponsal representante en Alcoy, el querido amigo don Hermenegildo Gisbert, nos participa que en dicha levítica ciudad se efectuó el 15 del pasado Junio la inscripción civil de la hija de nuestros queridos correligionarios doña Dolores Chinchilla y D. José Jordá, á la que pusieron por nombre Ílida.

Felicitamos á los venturosos padres y deseamos que la hermosa Ílida, sea un espíritu de gran progreso para bien de la humanidad.

También nos participa que el 21 de Julio último, hizo su tránsito á la vida espiritual el consecuente espiritista y socio del Centro «La Paz» de aquella localidad, D. Bautista Romá, cuyo sepelio se efectuó civilmente.

Que haya sido breve el período de turbación y que su querida familia reciba los benéficos consuelos de la filosofía espírita.

⁂ Agradecemos el envío de las siguientes obras que hemos recibido: *La teosofía predicada por Jesucristo*, por E. M.; *La Justicia de Dios*, drama anticlerical, por Francisco Sempere y *La Grafología al alcance de todos*.

⁂ *El Despertador del Progreso*, se titula un folleto que nuestros hermanos de México, y á su cabeza el ferviente propagandista D. Juan R. Juanola, han publicado para repartirlo gratis. Está dedicado «á la juventud en general, y particularmente á la que asista á la Convención que celebrará la Iglesia protestante en Puebla de Zaragoza (México) el 7.° mes del siglo XX.»

Reciban nuestros plácemes tan queridos correligionarios.

⁂ Interesante como todos resulta el último número que hemos recibido de nuestro querido colega *Luz y Unión*, correspondiente al mes actual.

Con este motivo nos complacemos en enviar á sus redactores y colaboradores nuestra entusiasta felicitación.

⁂ Las siguientes noticias las tomamos de la ilustrada revista hermana *Lúmen:*

«El querido amigo y compañero D. Fabián Palasí, pasa por la prueba de tener á su señora postrada en cama, de algún cuidado.

Inútil es agregar los votos que formulamos porque pase pronto el vendaval que le flagela.

* Tomamos buena parte en la pena porque pasa nuestro amigo y colaborador D. Wenceslao de la Vega, quien el 28 del pasado mes tuvo que acompañar al sepulcro los restos disgregables del que fué su amante y aventajado hijo Wenceslao, de once años de edad.

Si se tratara de otro que no tuviera tan arraigadas las convicciones espiritistas como las tiene nuestro amigo, le exhortaríamos á que buscase lenitivo á su legítimo dolor en los consuelos que ofrece el Espiritismo; para él sólo tenemos una frase: ¡Adelante!

Sí, ¡adelante!; y que el espíritu manumitido venga pronto, Wenceslao, á confortarte en la aflicción.

* Otro querido hermano, D. Francisco Fabregat, ha traspasado también los umbrales del sepulcro en Barcelona. Hacía tiempo que venía padeciendo resignado la terrible enfermedad que puso fin á su existencia planetaria.

¡Séale la tierra leve!

A su respetable familia, nuestros votos porque logren prontò la conformación espiritista que les hace falta.»

ALICANTE Imp. de Moscat y Oñate. SAN FERNANDO, 34